



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

*Esta obra es propiedad de la Casa  
Editorial Maucci, de Barcelona.*

PQ 9261  
E3  
P7  
V.2

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## El primo Basilio

### I

Acababan de dar las doce en el reloj de cuco del comedor. Jorge cerró el volumen de Luis Figuer que hasta entonces hojeara distraidamente, bostezó des-perezándose en el viejo sillón *Voltaire*, y dijo:

—¿No vas á vestirme Luisa?

—En seguida.

Luisa permaneció sentada á la mesa leyendo *El Diario de Noticias*. Aun llevaba puesto el peinador de mañana bordado á *soutache* y adornado con grandes botones de nácar. Su trenza, rubia y un poco deshecha, estaba recogida en lo alto de la cabeza que era pequeña y de muy lindo perfil. Tenía su piel la blancura tierna y lechosa de las rubias. Apoyaba el codo sobre la mesa, y en sus dedos, que con movimiento lento y gracioso acariciaban la oreja, lucían los menudos rubíes de dos sortijas.

Acababan de almorzar.

El piso del comedor estaba esterado. Era el comedor una estancia alegre, con techo de madera pintada de blanco y papel claro, de ramajes verdes.



Aquel día de Julio hacía un calor insoportable. Las ventanas hallábanse entornadas; pero se adivinaba que fuera, el sol hacía cabrillear los cristales y abrasaba las piedras del balcón. Reinaba el recogimiento solemne y adormecedor de una mañana de miña. Sentíase esa turbación vaga que produce el deseo de la siesta á la sombra de árboles de pomposo ramaje, cerca del agua. Los canarios dormían en sus jaulas suspendidas de las ventanas entre las cortinas de cretona azul. Las moscas, atraídas á la mesa y posadas en el fondo de las tazas, sobre el azúcar mal derretido, llenaban la estancia de un murmullo adormecedor. Jorge lió un cigarrillo, y descansado, fresco, con su camisa de indiana sin cuello y su batín de franela azul, desabrochado, fijó los ojos en el techo y se dió á pensar en su viaje al Alentejo y á rumiar el descontento que le producía aquella obligación. Era ingeniero de minas: al día siguiente debía partir para recorrer Beja, Evora y quizás llegar hasta Santo Domingo. Este viaje, en el mes de Julio, le asustaba como un trastorno de toda su vida, le afligía como una injusticia. Era duro en un verano como aquel. Dentro de pocos días, sacudido por el trote infernal de un caballo de alquiler, iba á encontrarse en las llanuras del Alentejo, desiertas y sin fin, áridas, cubiertas de una vegetación oscura, reseca por el sol. Perdido en el fondo de bosques de encinas, tendría que dormir en alojamientos inmundos, oyendo á su alrededor, en el seno de las tinieblas, gruñir las pjaras de puercos. Le sería preciso resignarse y sentir entrar por las ventanas, pasar por el aire, un aliento abrasado como el de los incendios.

Hasta entonces había tenido un empleo en el Ministerio, en un negociado. Era la primera vez que se separaba de Luisa y sentía achicarse su corazón al

abandonar aquella salita que él mismo ayudara á empapelar la víspera de su matrimonio, y en donde, después de las venturas nocturnas, sus almuerzos se prolongaban en abandonos perezosos.

Acariciando la barba, corta, fina y muy rizada, sus ojos deteníanse con ternura sobre aquellos muebles íntimos que recordaban el tiempo de su madre. El chinero, que encerraba las ricas porcelanas de la India y la vajilla de plata que relucía decorativamente: la antigua estantería barnizada que veía desde niño y se distinguían apenas sobre sus adornos las señales de algunas jarras húmedas. En el otro testero, el retrato de su padre, vestido á la moda de 1830; el rostro redondo, la mirada penetrante, el labio sensual; ostentando sobre el frac abotonado la encomienda de Comendador de la orden de la Concepción. Era un antiguo empleado del ministerio de Hacienda; de temperamento sanguíneo, aficionado á tañer la flauta. Jorge no le había conocido, pero su madre le asegurara muchas veces que al retrato le faltaba tan sólo hablar. Había vivido constantemente con su madre en aquella misma casa. La madre de Jorge era una señora de alta estatura, que se llamaba Isaura. Tenía la nariz muy larga y era devota y tímida al mismo tiempo; en sus comidas bebía agua templada. Un día, al volver de la oración del Santísimo Sacramento, murió de repente, sin un gemido.

Fisicamente, Jorge nunca se le había parecido. Fuera siempre robusto, de hábitos viriles. Tenía los dientes admirables de su padre y los hombros fuertes.

De su madre heredara el genio plácido y dulce. Cuando era estudiante en la Escuela politécnica, regresaba á su casa á las ocho de la noche; encendía luz y abría sus libros. No frecuentaba los garitos ni



— 8 —

pasaba las noches de francachela. Dos veces por semana, con gran regularidad, visitaba á una muchacha costurera, Eufrasia, que vivía en Bostatem. Recibíale ella, mientras su brasileño estaba en el club jugando una partida de bostón, con grandes precauciones y apasionados trasportes. Era una muchacha expósita y su cuerpo delgado y fragil, parecía temblar de fiebre.

Jorge la llamaba romántica y se lo reprochaba. El no había sido nunca sentimental; sus amigos que suspiraban leyendo á Alfredo de Musset y soñaban con el amor de Margarita Gautier, le llamaban *prosaico, burgués*. El se reía: jamás le faltaba un botón á su camisa; era muy ordenado, admiraba á Luis Figuiet, Bastiat y Castillo, tenía horror á la política y se sentía feliz.

Al morir su madre, hallóse en una gran soledad: era en invierno y su cuarto situado al interior de la casa, al sur, un poco desamparado, recibiría las ráfagas del viento que se prolongaban vibradoras y tristes; principalmente á la noche, cuando se hallaba de bruces sobre los libros, con los pies en el felpudo, tenía melancolías lánguidas, estiraba los brazos, lleno de deseos el pecho; quería enlazar una cintura delicada y amorosa, oír en la casa el fru-fru de un vestido. Resolvió casarse. Conoció á Luisa durante el verano, una noche, en el Paseo. Enamoróse de sus cabellos rubios, de su manera de andar, de sus grandes ojos castaños. En el invierno siguiente, después de recibir el título, se casó. Sebastián, su íntimo, el buen Sebastián, Sebastianazo, había dicho con un movimiento grave de cabeza, frotándose calmosamente las manos:

—Se ha casado á la ligera, un poco á la ligera.

Mas Luisa, Luisita, mostróse una buena mujer de su casa; en todos sus quehaceres ponía un encanto

por cuidado; era aseada, alegre como un pajarillo, como un pajarillo amante de su nido y de las caricias de su compañero: aquella mujer rubia y adorable vino á dar á la casa un encanto nuevo.

—¡Es un angelito lleno de dignidad!—acabó entonces por decir Sebastián, el buen Sebastián con su voz profunda de bajo.

Estaban casados desde hacía tres años. Particularmente Jorge había mejorado mucho; hallábase más inteligente, más alegre... Y recordando aquella existencia fácil y dulce, soplabá el humo de su cigarro, cabalgadas las piernas y dilatada el alma. Sentíase tan bien en la vida como en su batín de franela.

—¡Ah!—exclamó Luisa de repente, toda admirada mirando al periódico y sonriendo.

—¿Qué es?

—¡El primo Basilio que llegal  
Y leyó alto después:

“Debe llegar uno de estos días á Lisboa, procedente de Burdeos, el señor Brito, tan conocido de nuestra buena sociedad, el cual, como es sabido, había marchado hace tiempo al Brasil, donde se dice que reconstruyó su fortuna con un trabajo honrado. Desde comienzos del pasado año viajaba por Europa. Su vuelta á nuestra capital es una verdadera alegría para sus numerosos amigos.”

—¡Verdad, numerosos!—dijo Luisa, con acento de convicción.

Jorge fumaba, acariciándose la barba con la palma de la mano.

—¿Ha hecho fortuna, verdad?

—Parece que sí.

Fijóse en los anuncios, bebió un sorbo de te, levantóse y fué á abrir una de las hojas de la ventana.



—¡Oh! Jorge, qué calor hace fuera, santo Dios. Agitaba los párpados bajo la irradiación de la luz blanca.

La sala, situada en la parte posterior de la casa, daba á un terreno cercado de una baja empalizada, lleno de hierbas altas, de espontánea vegetación; aquí y allá en aquella verdura tostada por el estío, algunas piedras rebraban al choque del sol. Una higuera brava, aislada en medio del terreno, extendía su tupido follaje inmóvil; el brillo de la luz dábase oscuros tonos de bronce. Más allá, veíanse las fachadas posteriores de otras casas con balconajes de madera y ropas puestas á secar en cañas y muros blancos de jardines y árboles éticos. Un polvo impalpable quitaba transparencia al aire.

—¡Los pájaros se caen de calor!—dijo Luisa cerrando la ventana. —¿Te ves ya en el Alentejo?

Vino á recostarse en el sillón donde estaba Jorge, pasándole lentamente la mano por el cabello negro y ensortijado. Jorge la miró, sintiendo tristeza por la separación: los dos primeros botones del ropón de Luisa estaban abiertos, dejando ver el comienzo del pecho de una blancura muy suave, y los encajes de la camisa: castamente Jorge se los abotonó.

—¿Y mis chalecos blancos?—dijo.

—Deben estar ya planchados.

Y para cerciorarse llamó á Juliana.

Se oyó un ruido de faldas engomadas. Juliana entró arreglando nerviosamente los pliegues de su blusa. Tendría unos cuarenta años y estaba delgadísima. Las facciones menudas y enjutas, tenían esa amarillez de tonos lívidos que delata dolencias del corazón. Los ojos grandes, hundidos, movíanse inquietos, curiosos, inyectados de sangre, entre párpados constantemente enrojecidos. Llevaba una recedilla de cerda, que agrandaba su cabeza de un

modo extraordinario. Tenía en las alillas de la nariz un movimiento nervioso. Y el vestido, aplastado en el pecho, corto de falda, inflado por el almidón de las enaguas, dejaba ver un pie pequeño, bonito, aprisionado en bota de tela con punteras de charol.

Dijo con voz dulce que los chalecos no estaban planchados porque no había tenido tiempo de ponerles almidón.

—¡Y tanto como se lo encargué, Juliana!—dijo Luisa.—Bien, váyase. Arréglese como pueda. ¡Es necesario que los chalecos estén esta noche en la maleta!

Y apenas la criada hubo salido, añadió:

—¡Creo que voy á concluir por odiar á esta criatura, Jorge!

Hacia dos meses que estaba en su casa y aún no había podido acostumbrarse á su fealdad, á sus aspavientos, á su manera aflautada de hablar, arrastrando un poco las sílabas, al ruido de sus tacones que tenían láminas de metal, al cuidado vanidoso de su pie, á sus guantes negros que le crispaban los nervios.

—Qué antipática.

Jorge reía:

—¡Pobre! ¡Es un alma de Dios! ¡Y además, qué planchadora más admirable! En el Ministerio examinan con entusiasmo mis pecheras. Julián dice bien; yo no voy planchado, voy esmaltado. No es simpática, no; pero es limpia y prudente...

Y levantóse con las manos en los bolsillos de sus holgados pantalones de franela:

—En fin, hija mía, es preciso no olvidar la manera de portarse que tuvo durante la enfermedad de la tía Virginia. ¡Fué un ángel para ella!

Repitió con solemnidad:



—¡De día, de noche; fué un angel para ella! Le estamos en deuda, hija mía.

Y con aspecto más serio aun se puso á liar un cigarro.

Luisa, callada, hacía saltar con la punta de la chinela la orla de su ropón; y examinando fijamente las uñas, conservando la cabeza un poco inclinada, comenzó á decir:

—¡Pero en fin, si á mí no me gusta la despediré, vamos!

Jorge se detuvo, y encendió un fósforo en la suela de su zapato:

—Si yo lo consiento, rica... ¡Es, como sabes, una cuestión de gratitud para mí!

Permanecieron, silenciosos. El *cuco* cantó una vez.

—Bien: me voy.

Y acercándose aprisionó entre sus manos la cabeza de Luisa.

—¡Viboreznol! — murmuró mirándola amorosamente.

Ella riéndose, irguió hacia él sus magníficos ojos castaños, luminosos y encantadores. Jorge, enternecido, le puso en los párpados dos besos sonoros. Tocándole la barbata le preguntó con cariño:

—¿Quieres alguna cosa para fuera, Luisilla?

Ella sólo quería que no viniese muy tarde. Jorge se le prometió. Iba á dejar unas tarjetas. No tardaría nada, cosa de un momento. Y salió feliz cantando con su extensa voz de barítono:

*Dio del'oro  
D'el mundo signor.  
La la ra, lará*

Luisa bostezó. ¡Qué aburrimiento tener que vestirse! Hubiera querido meterse en un baño de mar-

mol color rosa, lleno de agua tibia, perfumada, y adormecer así. Después, dormirse mecida en una hamaca de seda, con las ventanas cerradas, oyendo música. Descalzóse de la pantufla que arrojó lejos de sí. Su mirada se detuvo amorosamente sobre el pié pequeño, blanco como la leche, con venas azules, mientras su pensamiento revoloteaba de una en otra idea. Pensaba en infinitas cosas. En las medias de seda que quería comprarse, en la merienda que dispondría á Jorge para el camino, en tres pañuelos que la lavandera había perdido.

Bostezó de nuevo. Después, saltando sobre la punta de su pié descalzo, fué á buscar al aparador, detrás de una computera, un libro algo usado. Volvió á echarse en la *voltaire*, casi acostada, y con el gesto acariciador y amoroso de sus dedos sobre la oreja, comenzó á leer muy interesada.

Era *La Dama de las Camelias*. Leía muchas novelas, y tenía un abono por meses en un gabinete de lectura. Cuando era más joven, á los dieciocho años, se había entusiasmado con Walter Scott y Escocia; hubiera querido vivir en uno de aquellos castillos escoceses que ostentaban sobre sus ojivas los blasones del *claw*; en aquellas estancias adornadas con arcos góticos y trofeos de armas, forradas por altos tapices donde están bordadas leyendas históricas, viejas tapicerías que el viento del lago agita y parece hacer revivir — había amado á *Errandalo*, *Mortón* é *Ivanhoe*, aquellos héroes tiernos y graves, que lucían en el birrete la pluma de águila, sujeta á un lado por el cardo de Escocia, formado de esmeraldas y diamantes. Pero hoy la cautivaba *lo moderno*; París, con sus elegancias y sus sentimentalismos. Burlábase de los trovadores, y ponía por encima de las nubes á *M. de Camors*. El hombre ideal se le aparecía de fraque y corbata blanca, en



amplísimos salones de baile, dotado de una mirada magnética, devorado por la pasión, la boca reboante de palabras sublimes. Desde algún tiempo atrás su pasión se había fijado en Margarita Gautier—su amor desgraciado dábale una melancolía vagorosa; se le aparecía alta, delgada, envuelta en chal de cachimir, los negros ojos encendidos por la pasión y los padecimientos de la tisis. Hallaba hasta en los nombres de los personajes,—Julia Duprat, Armando, Prudencia,—el sabor poético de una vida llena de amor. Veía todo este destino, lleno de una melancolía inmensa, que se desvanecía en suspiros, en noches de delirantes cenas, en dificultades pecuniarias, en paseos melancólicos en el fondo de un coche, cuando sobre las avenidas del bosque, bajo el toldo de un cielo gris, caían lentas y silenciosas las primeras nieves.

—Hasta luego, querida—gritó Jorge desde el corredor al salir.

—¡Oye!

El volvióse con el bastón bajo el brazo, poniéndose los guantes.

—No vengas tarde, ¿eh? Escucha. Tráeme unos bollos de casa de Baltresqui para doña Felicidad. Si ves á madame Françoise, dile que me mande el sombrero... ¡Ah!... Escucha, escucha...

—¿Qué más, Dios mío?

No te asustes, hombre. Que vayas á casa del librero para que me mande más novelas. ¡Pero ahora me acuerdo: está cerrada la librería!

Con dos lágrimas temblándole en las pestañas terminó Luisa de leer *La Dama de las Camelias*. Y extendida en la *voltaire*, con el libro caído sobre el regazo, comenzó á canturrear muy quedo, con ternura, el aria final de la *Traviata*:

*Adio, del passato...*

Recordó de repente la noticia del periódico, la llegada de su primo Basilio...

Una vaga sonrisa entreabrió entonces sus labios rojos. Aquel primo Basilio había sido su primer amor. Tenía ella entonces dieciocho años. Nadie lo sabía, ni Jorge, ni Sebastián...

Por lo demás, había sido una chiquillada. A veces, recordando las ternezas y los sentimentales lloriqueos de aquel tiempo, se reía... Debía estar muy cambiado el primo Basilio. Se acordaba de él perfectamente. Era alto, delgado, de aire distinguido, con el bigote pequeño, negro y muy levantado; el mirar atrevido y una manera especial de meter las manos en los bolsillos del pantalón haciendo sonar el dinero y las llaves. *Aquello* comenzara en Cintra, por grandes y alegres partidas de billar, en la quinta de su tío Juan de Brito, en Collares. Basilio aca-



baba de llegar de Inglaterra: venía muy *inglesado*. Usaba corbatas grana prendidas con anillos de oro y trajes de franela blanca, siendo la admiración de todo Cintra. Aun se veía en aquella sala del piso bajo, pintado de ocre, que conservaba cierto aire de antigüedad e hidalguía. Una gran puerta de cristales daba al jardín sobre tres gradas de piedra. En redor, formando plazoleta, había unos granados que Basilio desnudaba de flores. El follaje verde obscuro de los camelios trazaba senderos llenos de sombra; rachas de sol brillaban temblando sobre el agua del estanque; dos tórtolas en una jaula de mimbres arrullábanse dulcemente y en el silencio aldeano de la quinta el ruido seco de las bolas de billar adquiría un tono aristocrático.

Después venían todos los episodios clásicos de los amores lisbonenses pasados en Cintra; los paseos a Sitiaes a la luz de la luna, calmosamente, sobre la yerba pálida, con largas y silenciosas paradas en «Penedo da Saudade», viendo el valle a lo lejos, lleno de una luz raudosa y blanca; y las ardorosas siestas. A la sombra de la Peña Verde, oyendo el rumor fresco y goteante de agua que rueda de piedra en piedra; y las tardes remando en un viejo bote, sobre el agua obscura, a la sombra de los árboles, y aquellas carcajadas cuando tropezaban con las altas yerbas o su sombrerito de paja se quedaba colgado, al pasar en las ramas bajas de los álamos.

Siempre le había gustado mucho Cintra. Sentía una grata melancolía cuando penetraba en los bosques sombríos y frescos del Raimallo.

Ella y el primo Basilio gozaban de absoluta libertad. Su madre, una buena señora, reumática y egoísta, los dejaba, sonreía, dormitaba: Basilio era rico entonces. La llamaba tía Tojo, la llevaba cartuchos de dulces...

Vino el invierno, y aquel amor fué a refugiarse en la vieja sala forrada de papel color *sangre de toro*, de la calle de la Magdalena. ¡Qué atardeceres más dichosos! La mamá roncaba quedamente, con los pies envueltos en una manta y el volumen de la *Biblioteca de las Damas* caído sobre el regazo. ¡Ellos en tanto muy juntos, felices en el sofá! ¡El sofá! ¡Cuántos recuerdos! Era estrecho y bajo, forrado de casimir claro con una franja en el centro, que ella había bordado, maravilloso conjunto de rojo y amarillo sobre fondo negro. Un día llegó el desenlace. Juan de Brito, que formaba parte de la firma Bastos Brito, se declaró en quiebra. La casa de la Almada y la quinta de Collares fueron vendidas.

Basilio, viéndose pobre, marchó al Brasil. ¡Cuánto lo sintió ella! Pasó los primeros días sentada en un rincón de aquel sofá querido, sollozando en voz baja y con el retrato del primo entre las manos. Vinieron entonces los sobresaltos producidos por las cartas que se hacían esperar largo tiempo, las preguntas impacientes al despacho de la Compañía cuando los vapores se retrasaban.

Pasó un año. Cierta mañana, después de un largo silencio de Basilio, recibió de Bahía una carta, una larga carta, que comenzaba así: «He reflexionado mucho, y entiendo que debemos considerar nuestra mutua inclinación como una niñada...»

Se desmayó. Basilio mostraba hondo dolor en dos páginas llenas de explicaciones: decía que estaba aun pobre, que tendría que luchar mucho antes de poder reunir lo bastante para que pudiesen vivir los dos; el clima era horrible; no la quería sacrificar; pobre ángel; la llamaba «paloma mía» y firmaba



con su nombre, todo envuelto en una complicada rúbrica.

Vivió Luisa muy triste durante algunos meses. Era en invierno, y sentada al pie de la ventana tras los vidrios, bordaba y suspiraba juzgando muertas sus ilusiones. Pensaba en el convento y seguía con mirada melancólica los paraguas que pasaban bajo los hilos de la lluvia. Al anochecer, sentábase al piano y cantaba *Soares de Passos*:

*Ya volaron los días aquellos  
que dichosa pasaba á tu lado...*

Cantaba también el final de la *Traviata* y un *fado* de *Vimiosa*, muy triste, que Basilio le enseñara.

Poco después, el catarro de la mamá se agravó; vinieron los sustos, las noches en vela. Durante la convalecencia, trasladáronse á *Bellas*: allí tratóse íntimamente con las *Cardosas*, dos hermanas flacas desgarbadas, siempre una junto á la otra, marchando á pequeños saltos, algo como el trote ligero de una pareja de galgos. ¡Cómo reían, Dios mío! ¡Cómo hablaban de los hombres! Un teniente de artillería se enamoró de Luisa. Era bizco. Le dedicó unos versos en el *Diario de Bellas*:

*Sobre la falda del monte  
Crece el lirio virginal...*

Aquel fué un tiempo alegre y consolador.

Cuando regresaron, en el invierno, había engordado, y tenía buen color. Un día, hallando en un secreter el retrato que Basilio le había mandado desde *Bahía*, un retrato donde estaba con pantalón blanco y sombrero *panamá*, lo miró encogiéndose de hombros:

—¡Que yo haya rabiado por este tipo! ¡Qué loca he sido!

Habían pasado tres años de ésto cuando conoció a Jorge. Al principio no le agradó. No la gustaban los hombres barbados: después, reflexionando, comprendió que aquella era la primera barba, fina, corta, sedosa. Empezó a encontrar dulce y simpática su mirada. Sin amante aún, sentía a su lado como una laxitud, un abandono, una necesidad de descansar sobre su pecho, y permanecer así largos años sin otros deseos. ¡Qué alegría cuando él la dijo vamos a casarnos! Vió de repente aquel rostro pávido, barbado, con sus dulces ojos, al lado del suyo, sobre la misma almohada, y se le encendió la cara. Jorge había cogido una mano. Ella sentía que el calor de aquella palma fuerte la penetraba tomando posesión de su sér. Contestó que sí, quedándose a la espera, sintiendo bajo el vestido de merino latir dulcemente su pecho. Era ya novia. ¡Qué alegría, qué descanso para la mamá!

Se casaron a las ocho una mañana de niebla. Hubo necesidad de encender luz para ponerle la corona y el velo. Aquel día se le presentaba como diluido entre brumas, sin contornos claros, a la manera de sueño antiguo en que se destacaban la cara descolorida y abotargada del cura, y la figura medrosa de una vieja, maltrecha y temblona, que alargaba una mano toda huesos, empujando a los fieles, y murmurando plagas, cuando en la puerta de la iglesia, Jorge, conmovido, distribuía monedas de cobre. Los zapatos de satén le apretaban; sentía un vacío en el estómago, y fué preciso hacerla té verde, muy cargado. Después, a la noche, en aquella casa nueva, al terminar de deshacer sus baúles, se encontró rendidísima. Cuando Jorge apagó la luz con un soplo tembloroso, le pareció que pasaban por



delante de sus ojos ráfagas luminosas como relámpagos.

Su marido, era joven, era fuerte, era alegre. Se dispuso á quererle. Tenía un cuidado constante de la persona de Jorge y de sus cosas. Le peinaba el cabello, le arreglaba la ropa, los papeles... Miraba mucho á los maridos de otras, comparaba, y sentía orgullo. Jorge la envolvía en delicadezas de amante, se arrodillaba á sus pies, era muy zalamero. Siempre de buen humor, con mucha gracia. Solamente en las cosas de su carrera, ó de honor, tenía severidades exageradas; al hablar de ellas, ponía en las palabras y en los modales una solemnidad imponente. A veces tenía salidas que la hacían palidecer; era muy celoso; y una de sus amigas la había dicho: "es hombre capaz de pegarte." No lo dudaba mucho, y esto mismo acrecía su amor hacia él. Era su todo, su fuerza, su religión, su destino, su hombre, en fin. Reflexionó en lo que hubiera sido, casada con su primo Basilio. ¡Qué desdicha! ¿Qué sería de ella? Se perdía ante la hipótesis de otra existencia diferente que se desenvolvían en su espíritu como los telones sobre el escenario; se veía en el Brasil, bajo los cocoteros, tendida en una hamaca, rodeada de negritos, viendo volar las cotorras y los loros grandes.

—Está ahí la señorita Leopoldina,—vino á decir Juliana.

Luisa se incorporó sorprendida.

—¿Eh? ¿La señorita Leopoldina? ¿Para qué la dejó entrar?

Mientras se abrochaba el peinador, se preguntaba qué diría Jorge si lo sabía. ¡Santo cielo! ¡El, que tantas veces le había encargado que no la recibiese!

Pero, en fin, ya estaba en el salón.

—Está bien,—añadió en alta voz,—dígame que voy en seguida.

Era su amiga íntima. Siendo niñas fueron vecinas en la calle de la Magdalena, colegialas juntas en la patriarcal, en casa de Rita Pessoa, la coja. Leopoldina era hija del vizconde de Quebraes, el famoso libertino, que fué paje del infante don Miguel. Había hecho una boda desastrosa con un tal Juan Norouka, empleado de aduanas. La llamaban *la Quebraes*, y durante mucho tiempo la llamaron *Pan y queso*.

Se sabía que tenía amantes.

Jorge la odiaba. Muchas veces había dicho á Luisa: "Todo lo que quieras menos Leopoldina."



Leopoldina tenía veintisiete años. No era muy alta, pero pasaba por ser la mujer mejor formada de Lisboa. Llevaba siempre trajes llamativos, y tan ajustados, que modelaba el cuerpo como una segunda piel. Sus faldas, sin vuelo y recogidas atrás, dibujaban claramente la línea de las piernas. Decíase de ella: "es una estatua, una Venus." Tenía la espalda y los hombros de modelo. Aun á través de la chaquetilla se adivinaban los senos como el dibujo harmónico de dos hermosas mitades de limón; la línea



de las caderas se marcaba en ondulación firmísima, y al andar, el movimiento incitante de toda su persona encandilaba los ojos de los hombres. La cara era un poco gruesa; las alas de la nariz tenían una dilatación carnosa; en la piel, muy fina, conservaba huellas poco perceptibles, de viruela. Su principal encanto estaba en los ojos, de negrura intensa y como ahogados en un fluido lánguido y perezoso.

Luisa corrió hacia ella.

Se abrazaron estrechamente y sentadas en el confidente, Leopoldina comenzó una serie de lamentaciones, mientras plegaba su sombrilla de seda clara. Había estado enferma, aburrida, cargada de penas: el calor la mataba... Y Luisa, ¿qué había hecho? La encontraba más gruesa.

Como era un poco corta de vista, para convencerse, cerraba ligeramente los ojos entreabriendo los labios carnosos, de un rojo claro.

—La felicidad lo da todo; hasta los buenos colores; —decía sonriendo.

Lo que la había traído allí era el deseo de saber las señas de la modista francesa que le hacía á Luisa los sombreros.

—¡No puedes figurarte qué calor! Llego muerta.

Y se dejó caer sobre uno de los cojines del sofá, sudorosa, con la boca abierta; tenía los dientes blancos y un poco grandes. Luisa le dió las señas de la francesa, alabándola mucho. No era cara, y tenía gusto. Como la estancia estaba oscura, se levantó para entreabrir las ventanas. Los cortinajes y el sofá eran de ropa verde: el papel y la alfombra, con dibujos imitando ramajes, tenían el mismo color, y en aquella decoración burguesa, destacaban mucho los marcos dorados de algunas estampas y la encuadernación escarlata de "La Divina Comedia" con ilustraciones de Gustavo Doré. Entre las dos ven-

tanás colgaba un espejo oval, donde se reflejaba un napolitano de porcelana, que bailaba la tarantela en la consola.

Sobre el sofá pendía un retrato al óleo, de la madre de Jorge. Estaba sentada, vestida de negro, y rígida dentro del ajustado corpiño. Una de sus manos, seca y lívida, descansaba en su regazo bajo el peso de una porción de sortijas; la otra se perdía entre la cascada de encajes de una manteleta de seda. Aquella figura, larga y macilenta, se destacaba sobre el fondo de un cortinaje carmesí, recogido en pliegues muy estudiados, que dejaban ver una perspectiva de horizontes azules y árboles de redondas copas.

—¿Y tu marido? —preguntó Luisa, sentándose junto á su amiga.

—Como siempre, poco divertido, —respondió Leopoldina riendo.

Después, con cierto aire serio, y la cabeza un poco inclinada, añadió:

—¿Sabes que rompí con Mendoza?

—Sí, —murmuró Luisa ruborizándose un poco.

Leopoldina después dió detalles.

Era de una franqueza indiscreta. Hablaba mucho de sí misma, de sus penas, de sus amantes. Nunca había tenido secretos para Luisa. En su necesidad de hacer confidencias, la consultaba sobre sus amantes. Con grandes exageraciones le refería sus caprichos, sus ideas, su modo de ser, sus depravaciones y hasta sus trajes. Lo cuchicheaba en un ángulo del sofá, entre sonrisas maliciosas. Luisa oía aquellos secretos con gran interés y las mejillas encendidas por el rubor, saboreándolos con cierto asombro devoto. ¡Encontraba aquello tan interesante!

Leopoldina, sentada casi sobre ella, le refirió lo acaecido con Mendoza.



—¡Es posible!— decía Luisa algunas veces.

—¡Palabral— afirmaba Leopoldina. —Esta vez,— añadió levantando los ojos,— confieso que me he llevado chasco.

Luisa se rió.

—Confiesa que te engañas casi siempre.

Era verdad.

—¡Qué quieres! Cada vez creo que se trata de una pasión y siempre me llevó chasco. Pero si un día encuentro...

—Ya es tiempo.

Las dos amigas quedaron silenciosas. Luisa encontraba sin escrúpulos á Leopoldina, sin embargo, sentía debilidad por ella, admiraba la belleza del cuerpo de su amiga que le inspiraba atracción casi física. Luego la disculpaba. ¡Era tan desgraciada con su marido! ¡Siempre en busca del amor la pobre! Y esta palabra misteriosa y fascinadora, de la que parece rebosar la felicidad como el agua de un vaso lleno, era para Luisa justificación suficiente. Su amiga se le aparecía como una heroína, y la miraba con el mismo asombro que sentiría ante alguien que regresase de una expedición maravillosa y llena de peligros; lo único que le desagradaba en ella era cierto aroma de tabaco, mezclado con heno que se desprendía de sus vestidos.

Leopoldina fumaba.

—¿Qué ha hecho Mendoza?

—Me escribió una carta necia para decirme que, bien mirado, valía más romper definitivamente, porque no estaba de humor para pasarse la vida disputando. ¡Imbécil! Debo traer la carta.

Buscó en su bolsillo, sacando un pañuelo, un tarjetero, algunas llaves, una cajita de polvos de arroz, pero en vez de carta, lo que halló, fué un programa del *Circo de Price*.

Habló entonces del Circo. ¡Qué espectáculo más tonto! Lo mejor que vió fué un gimnasta. Buen mozo, bien formado: una perfección, vamos.

Y preguntó en seguida.

—¿Vuelve al fin tu primo Basilio?

—Eso acabo de leer en el *Diario de Noticias*. Me quedé asombrada.

—¡Ah! Antes de que se me olvide. Quisiera saber con qué has adornado tu vestido de cuadritos azules. Quiero hacerme uno igual.

—Lo he adornado de azul oscuro. Ven á verlo.

Entraron en el cuarto. Luisa abrió la ventana y el ropero. La habitación era pequeña y fresquísima, cubierta de cretona azul pálido, con alfombra ordinaria de dibujos azulados sobre fondo blanco. Entre las dos ventanas estaba el tocador bajo un dosel de puntilla barata, cubierto de frascos y adornado con una franja bordada por Luisa. Delante de las ventanas y sobre trípodes, plantas de grandes hojas, *begonias*, *macahonias*, dejaban caer con gracia su follaje tupido sobre los tiestos de tierra cocida.

Todos estos detalles, que parecían respirar *confort* y sosiego, evocaron ante Leopoldina la imagen de tranquilas dichas. Miró á uno y otro lado y dijo con lentitud:

—¿Sigues queriendo mucho á tu marido? ¡Ah! Haces bien, hija.

Y añadió suspirando.

—¡Tienes razón para hacerlo así!

Ante el espejo se dió polvos de arroz al rostro y al cuello.

—Sí, tienes razón... ¡Pero señálame una mujer capaz de enamorarse de un marido como el mío!

Se sentó sobre el confidente y dijo muchas cosas acerca de su marido. ¡Era tan grosero, tan egoísta!

—¿Quieres creer que si á las cuatro no estoy en



casa, se sienta á comer sin esperarme y me guarda las sobras?

Habló de sus otros defectos: no era nada cuidadoso, escupía en las alfombras, etc., etc.

Su cuarto... parece un corral de cerdos.

—¡Qué horror!—exclamó seriamente Luisa.—Pero de eso tienes tú gran parte de culpa.

—¡Yo!—respondió Leopoldina levantándose con los ojos abiertos que le relucían de un modo extraño.—¡Pues sólo faltaría que fuese á cuidarme de la habitación de mi marido!

Hubo un momento de silencio. Después volvió á decir que era muy desgraciada, más desgraciada que mujer alguna del mundo. Luego extendiendo su mano con rápido y expresivo gesto añadió:

—Ni siquiera es celoso ese estúpido.

Juliana entró tosiendo y dijo con los ojos bajos:

—¿Desea aún la señora que planche los chalecos blancos?

—Sí, todos. Ya lo he dicho. Es preciso que estén en la maleta antes de la noche.

—¡Maleta! ¿Quién se va?—preguntó Leopoldina.

—Jorge. Va á las minas del Alentejo.

—Entonces vas á estar sola. Podré venir á verte. ¡Bravo!

Se sentó junto á ella y añadió mirándola con dulzura.

—¡Tengo tantas cosas que decirtel! ¡Si supieras, querida!

—¿Qué es ello? ¿Otro amor?

La cara de Leopoldina cubrióse de rojo. Sonrió y quedóse mirando á la alfombra.

¡Era verdad! Por eso había venido. ¡Se sentía en su casa muy sola!

Luego añadió en voz baja:

—Esta vez es cosa seria.

Dió detalles. Era un joven elegantísimo, alto, rubio. ¡Qué talento! ¡Poeta! Y pronunciaba la palabra *poeta* paladeándola, con devoción. Arrastraba las sílabas y ponía una dulce suavidad en el sonido de la *p*.

—¡Es *poeta*!

Desabrochándose dos botones del pecho sacó un papelito doblado. ¡Versos! Se aproximó más á su amiga con las alillas de la nariz dilatadas por la sensación de felicidad que experimentaba, y leyó muy bajo, solemne, orgullosa:

A TI

Pharo de Guía, 5 de Junio.

*Quando contemplo con el sol que muere  
Sobre las rocas en que el mar combate...*

Era una elegía. El enamorado cantaba en endecasílabos sus largas meditaciones en las que Leopoldina se le aparecía *radiante visión* que resbala ligera sobre las aguas quietas, sobre el horizonte que enrojece el sol poniente, sobre la cresta de las olas emblanquecidas por la espuma... Todo aquello era amanerado, de un exagerado sentimentalismo, de enfermiza estructura... Género esencialmente lisbonense, lleno de ripios. Al final añadía que no era en los *esplendores de los salones* ni en los *bailles en que reina un placer febril* dónde quería verla, sino allá abajo, sobre aquellas rocas en que

*Viendo morir el sol todas las tardes  
Va á ver dormir la espléndida llanura.*

—¡Qué hermoso! ¿Verdad?—preguntó Leopoldina.



Quedaron algún tiempo mudas, un poco conmovidas. Leopoldina, con la vista turbada, repitió tiernamente la fecha:

—¡Pharo de Guía, 5 de Junio!

El reloj dió las cuatro. Leopoldina, como si despertase de repente, se levantó. Guardó los versos en el pecho.

—Es muy tarde ya para mí. Si no llego pronto, *el otro* se pondrá á comer. Tenemos pescado asado. No hay nada tan detestable como el pescado frío. Adiós. ¿Hasta muy pronto, verdad? Mientras tu marido esté fuera, vendré muy á menudo. Adiós. ¿La modista francesa vive en la calle de Oiro, encima de la tabaquería?

Luisa la acompañó hasta el rellano. Casi había llegado al portal, cuando Leopoldina alzando la voz, dijo:

—¿Te parece lo mejor adornar de azul el vestido, verdad?

—Yo, al menos así lo he hecho. Me parece lo más propio.

—Adiós. ¿Calle de Oiro, sobre la tabaquería?

—Sí, calle de Oiro. Hasta luego.

Y Luisa añadió más claro:

—La puerta de la derecha, madame Françoise.

\* \*

Jorge regresó á las cinco. Dejando el quitasol en un rincón, dijo desde el umbral:

—Ya sé que has tenido una visita.

El rostro de Luisa se encendió un poco. Estaba en el tocador, peinada ya. Tenía puesto un vestido de tela cruda, guarnecido de encajes.

—Leopoldina ha estado, efectivamente. Juliana la hizo entrar. Vino á saber las señas de la modista francesa. La visita ha sido corta.

Al concluir preguntó:

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo ha dicho Juliana. Leopoldina ha estado aquí toda la tarde.

—¡Toda la tarde! ¡Si apenas ha estado diez minutos escasos!

Jorge se quitaba los guantes sin decir palabra. Se aproximó á una de las ventanas. Se puso á agitar las hojas de una begonia de enfermizo y pálido color de rosa con reflejos plateados. Silbaba bajito. Parecía gravemente ocupado en arrancar un capullo de *amabilis* oculto entre el brillante follaje, como el cogollo de amarillos tonos de la planta misma.

Luisa se ocupaba en sujetar su medallón de oro



Con una cinta de terciopelo negro. Temblábanle un poco las manos. Estaba encendida.

—¿Te ha hecho daño el calor?—preguntó.

Jorge no respondió. Silbó más alto. Se fué a otra ventana. Allí se entretuvo en sacudir con los dedos las hojas de un makoaur de cambiantes verdosos y color de sangre. Luego pasándose la mano por el cuello, como quien se siente sofocado, exclamó:

—Escucha. Es necesario que dejes de ver a esa mujer. Hay que acabar de una vez para siempre.

Luisa se puso como la escarlata.

El añadió con frase breve y algo violenta:

—No quiero, ni puedo aguantarla. Esto por ti. Por las vecinas. ¡Hasta por la más insignificante y vulgar decencia!

—Pero... fué Juliana... —balbuceó Luisa.

—Otra vez la pones en la puerta.

Jorge medía la habitación a grandes pasos.

Añadió:

—¡Dices que no estás, que te has marchado a China, que estás enferma!...

Después se detuvo, y dijo con tono afectuoso:

—Piensa querida, que todo el mundo la conoce demasiado. ¡Es la Quebraes! ¡Pan y queso! Una vergüenza. Una basura...

É irritándose, de golpe, enumeró a todos sus ex amantes.

—Carlos Viegas, ese larguirucho de bigotes chinoscos, que escribía comedias para el Gimnasio. Santos Madeiro, picado de viruelas una especie de leproso... Melchor Vadío, un sinvergüenza, de mirada de carnero moribundo, con las manos constantemente en los bolsillos y un coracero constantemente en la boca... Pedro Cámara, el bonito... Mendoza el de botas con punta como un asta ... *tutti quanti*. ¡Es una mujer indigna! ¡Como si a mí no me bas-

tara este olor singular para saber que ha estado aquí!

Y aspiraba el aire con la cabeza erguida. Añadió á poco:

—¡Este pesado olor á heno!... Habéis sido discípulas. Está bien. Pero esto no impedirá que si la cojo en la escalera, la dé un susto... Sí: un susto.

Calló un momento. Con los brazos extendidos hacia su mujer, dijo:

—Vamos á ver. ¿Tengo razón?

—Claro que la tienes,—contestó Luisa que, turbada, coloradísima, se ponía sus brazaletes ante el espejo del tocador.

—¡Está bien!

Se marchó furioso.

Luisa quedó confusa. Una lágrima límpida rodó por su mejilla. Se sonó, casi llorando.

—¡Esa Juliana! ¡Chismosal! ¡Todo por el placer de sembrar la discordial...

Sintióse llena de ira. Dando portazos entró en el cuarto de planchar.

—¿Quién le manda á usted decir si viene ó no viene alguien á mi casa?—dijo bruscamente, al ver á Juliana.

—No creí que fuera un secreto,—respondió la criada sorprendida, soltando la plancha.

—Cierto. No lo es, estúpida. ¿Por qué la dejó usted entrar? ¿No la he dicho mil veces que no quiero recibirla?

—La señora no me ha dicho eso,—respondió Juliana con los ojos abiertos, mostrándose ofendida.

—¡Mientel! ¡Calle usted!

La volvió la espalda. Entró en su cuarto con los nervios sobreexcitados. Después se asomó á la ventana.

El sol se ponía. Una sombra igual cubría la mal



empedrada calle. Las casas, antiguas y destartadas, estaban oscuras. Tenían entradas angostas... Por entre el barandal de algunos balcones asomaban en tientos matás de albahacas y claveles raquíticos. En las buhardillas veíase ropa puesta a secar. En un piano vecino oíase la «Plegaria de una Virgen», tocada por una niña, con el abandono sentimental del domingo. En el balcón de la casa de enfrente cuchicheaban y reían las cuatro hijas del señor Teixeira de Acevedo, amontonadas en el estrecho hueco, los cabellos revueltos, los ojos sucios, consagrando la tarde a curiosear las ventanas vecinas y la calle, picardeando cuando veían un transeunte, inclinadas sobre el alféizar y haciendo caer con placer de idiotas salivazos en la acera.

—Jorge tiene razón—pensaba Luisa—. Pero yo no puedo hacer más.

Hacia años que no pisaba la casa de Leopoldina. Había quitado su retrato del álbum del salón. Se había visto obligada a confesarla la antipatía de su marido hacia ella. ¡Pobre amiga! La recibía muy pocas veces. Se negaba casi siempre. Pero si estaba en el salón, ¿la iba a arrojar por la escalera?

En aquel momento, un hombre bajo y grueso, con las piernas torcidas, encorvado sobre un organillo, apareció en lo alto de la calle. Su barba negra tenía un aspecto selvático. Se detuvo. Empezó a tocar, dirigiendo a las ventanas una mirada suplicante, sonriendo con tristeza. El aire de *Casta Diva*, que acompañaba un trémolo incesante llenó la calle con un sonido metálico y seco.

Algunas vecinas se asomaron. La Gertrudis, criada y querida del catedrático de matemáticas, mostró en el marco angosto de la ventana su cara morena y mofletuda, de cuarentona harta y bien establecida. Más lejos, sobre el balcón de un segundo

piso, aparecía la silueta del señor Cuntra Rosado, alto y flaco, con un gorro en la cabeza y el aire de hombre enfermo del estómago, sobre el cual cruzaba la bata con sus manos transparentes.

El organillo atreviase en aquel momento con el final de *Traviata*, y recordando Luisa su última lectura, se acordó de la pobre Margarita Gautier, muriendo en una habitación saqueada por los traperos, levantándose, poniéndose colorete para ocultar su lividez, loca, expirante, con el deseo de ir al Vaudeville, para ver la butaca de orquesta en que había conocido á Armando. Sintióse dominada por una incomprensible tristeza, y de un sentimiento de odio hacia Juliana: tenía ganas de llorar, y con la cabeza baja, acompañaba *sotto voce* la melodía quejumbrosa del organillo.

En la calle, los comerciantes desocupados, salían al umbral de la puerta. La estanquera, apareció en la suya, vestida de luto, con aire de viuda, los brazos en cruz sobre el chal ceñido, prensada en su chaqueta que la hacía aparecer todavía más delgada. Sus ojos, cansados, tenían una manera de mirar triste y lánguida. Del piso bajo de la casa donde el señor Acevedo vivía, salió la carbonera, monumental persona, que afectaba una gravedad risible, con los cabellos enmarañados, la cara lustrosa y negra del carbón, con la mugre rebosando por todas partes y sus tres hijos medio desnudos, especie de negritos llorones, que se colgaban de sus faldas. El señor Paulo, anticuario, adelantó hasta el arroyo con la visera charolada de su gorra de paño que jamás se quitaba. Para parecer más importante, llevaba las manos á la espalda, cruzadas bajo los falzones de su chaquet. El sucio talón de su calcetín, salía de sus zapatillas bordadas con cuentas de cris-

Primo Basilio - 3

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO